

Northrop Frye: "Anatomía de la crítica"

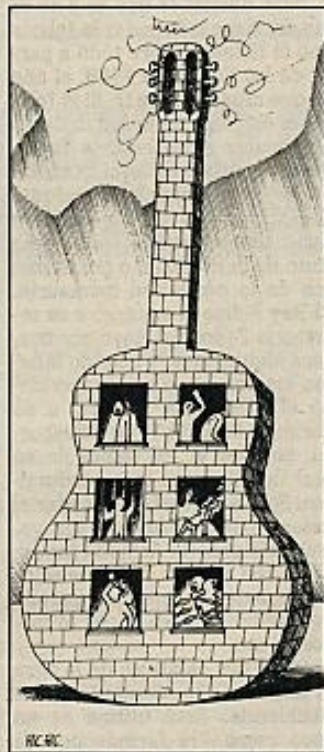
Con el título "Anatomía de la crítica" acaba de editarse en español una obra bastante vieja —su primera edición data de 1957—, escrita por un crítico de sólido renombre. Northrop Frye es un profesor universitario y, consecuentemente, un escritor muy profesoral y representativo de esa plácida subcultura que es la crítica erudita anglosajona. "Anatomía de la crítica", respondiendo a esta orientación, resulta un libro densísimo, complejo, erizado por un enorme aparato erudito, y que a lo largo de sus quinientas páginas justas sucumbe a varias tentaciones, empezando por el designio demoniaco de construir un gran esquema.

En efecto, el libro de Frye responde a la vieja ambición totalizadora de construir un esquema global —y, por supuesto, definitivo, a pesar de las reiteradas protestas de provisionalidad— de la crítica y de su ejercicio. Para ello, y por vía descriptiva, Frye comienza por catalogar las diversas categorías de crítica existentes, llegando a la convicción de que es posible reducirlas a cuatro: la "histórica", la "ética", la "arquetípica" y la "retórica". La sospecha de que pueda tratarse de algún tipo de aristotelismo se confirma en cuanto el lector comprueba cómo el autor hace corresponder a esas cuatro "clases" de crítica, cuatro "teorías" fundadoras: la teoría de los Modos, la de los Símbolos, la de los Mitos y la de los Géneros.

Pero el propósito clasificador, inocente en apariencia, no lo es, sin embargo. Quinientas páginas de apretado discurso nos van descubriendo, en efecto, que Frye alude bajo esas etiquetas ingenuas —"histórica", "ética", etc.— a fenómenos mucho más concretos. Lo veremos en seguida. Pero anticipemos que Frye es un "liberal" muy preocupado con el papel de la crítica y con los estragos que su ejercicio puede acarrear si se olvida cierto género de valores eternos y se pretende fundar el juicio en las modernas supersticiones científicas más o menos revolucionarias. Poco más o menos algo así: por encima, incluso, del papel del arte o de la literatura, está el papel de la crítica, y la crítica, inmensa en sus posibilidades recreadoras, debe ser consciente de que la cultura se escribe con ka y no sirve a más señor verdadero que a la Libertad, así, con mayúscula.

En un libro tan extenso y pla-

gado, por otra parte, de observaciones sugerentes, no es difícil detectar, sin embargo, un propósito de fondo beligerante agazapado debajo de la repetida protesta "liberal". Pues, efectivamente, el alegato de Frye consiste sobre todo en un largo rodeo metafísico para convencernos de que la crítica de fundamento "sociológico" no es sino una celada ideológica que esconde oscuros designios de cambio e innovación. Es la vieja canción "idealista", defensora del carácter intocable o sagrado de la obra de arte, que enfatiza retóricamente sobre el lado misterioso de la creación y acomoda estos sublimes acordes con la sinfonía de fondo que es la concepción "liberal" del arte. Se trata de resaltar que lo importante es



el Espíritu, la Cultura, la Libertad, condenando, como está mandado, cualquier intento de recuperación de la reflexión materialista o, dicho más vagamente, cualquier propósito de reflexión sociológica.

Pero lo más curioso es la pretensión de legitimidad cultural que se percibe siempre en este tipo de autores. Los Frye se ven a sí mismos como herederos de una tradición longeva que los legitima: ellos son Aristóteles, Goethe, etc.; los demás, "los otros", son peligrosos innovadores. Es más: ellos son guerreros auténticos —en cierto modo cabría decir aquí "homologados"— y "los otros", todo lo más, guerrilleros advenedizos. Resulta

ilustrador, por ejemplo, escuchar a Frye cuando dice que así como "en la guerra sólo disponemos de medias verdades", en la crítica comprometida con una interpretación sociológica y materialista de la obra de arte, tampoco es posible hallar la verdad entera. De este modo, termina oponiendo su proyecto de interpretación abstracta, ahistórica y no-ética frente a, pongamos por caso —y él la pone—, una interpretación concreta, histórica y ética de la realidad, como es la clasista. Pero, claro está, la interpretación "arquetípica" —que es la suya— no es beligerante; la "histórica" o la "ética", sí lo son...

Frye, desde luego, valora adecuadamente el riesgo de una representación "liberal" demasiado descarnada y recurre, como de costumbre, a la aceptación retórica y como secundaria del fundamento sociológico, con el proverbial artificio de reconocer el carácter condicionante de la base material, siempre con Plejánov deslizando como una sombra entre los bastidores del montaje. Que es lo que dicen siempre los liberales y es cosa, además, añade Frye, que se sabían de memoria Milton o Mill —¡ah, la Areopagitica y el Essay on Liberty!—, pero sin exagerar, como hacen, valga el casual ejemplo, los marxistas. Porque, en el fondo, de lo que se trata es de devolver a la cultura su eterno y alto papel, su inasequible condición y su prestigio absoluto. He aquí una muestra: "La Libertad sólo puede comenzar mediante la garantía inmediata y actual de la autonomía de la Cultura... El acreditado truco de la "educación popular", la inefable promesa de que "la Cultura os hará libres" y todo lo demás, levantado como un dique frente a la invasión apasionada e ilegítima de las estrategias concretas, que es una de esas cosas que quedan en pie e intactas del tinglado "ilustrado". Nada, pues, de crítica "revolucionaria": "La acción revolucionaria, del género que sea, lleva a la dictadura de una sola clase y el registro de la Historia parece dejar muy claro que no hay modo más rápido de destruir los beneficios de la Cultura". Para que se convengan ustedes de que no se trata de una cuestión política, sino de un problema mucho más serio y más amplio. Porque, fijense: "Si vinculamos nuestra visión de la cultura con la concepción de la moral de quienes mandan, tenemos la cultura de los bárbaros; si la vinculamos con la concepción del proletariado, tenemos la cultura del populacho; y si la vinculamos con cualquier clase de utopía burguesa, tenemos la cultura de los filisteos". ¿Están convenci-

dos? Pues ahora traten de salir del atolladero, si pueden. Les serviría de guía para el laberinto el plano no poco cabalístico y bastante intrincado, pero tan liberal, tan culto y tan brillante, que este profesor de la Universidad de Toronto ha escrito en auxilio de naufragos y contra sirenas de todas clases: sirenas bárbaras, sirenas populacheras y hasta sirenas filisteas. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

Tirar las puertas del campo

En sus aventuras a través del espejo, Alicia se encuentra con un personaje grosero, mandón, desagradable y con un poco agraciado aspecto de huevo, llamado Humpty Dumpty, quien le explica que las palabras le pertenecen, que él las ha domado y puede hacerlas significar lo que desee. De igual modo se comporta el poder: "loco", "homosexual", preso o delincuente "común" —esto es, común y corriente, como todo el mundo—, son términos que, bien inventados por El, bien por El utilizados, pueden significar cualquier cosa, adjetivar a cualquier persona o grupo de personas que le resulten antipáticas, que le sean adversas, que infrinjan las normas de conducta sancionadas por la Ley y la Costumbre. Términos estos sin un significado muy preciso, objeto de continuas discusiones bizantinas entre doctores de la ley, cuya misma ambigüedad les hace servir de armas idóneas para etiquetar, definir y, en suma, cosificar a los heterodoxos de las costumbres. La máscara tragicómica, de gasterópodo ubuesso, que ha asumido el poder en España y que hasta hace dos años hemos llamado franquismo, incluyó todos estos términos y alguno más —"vago", "mendigo", "prostituta"... y también menor y mujer— en uno más amplio y genérico, el de "peligroso social", y creó una ley en su contra, la famosa Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, que amplió y mejoraba la antigua y republicana "gandula", la Ley de Vagos y Maleantes, gracias a la cual todo español, independientemente de su sexo, condición y aptitudes pasa a ser un delincuente potencial, alguien que podría delinquir y que, por lo tanto, es susceptible de caer en cualquier momento bajo la férula que esgrime el largo y pesadísimo brazo de la ley.

Las ediciones Campo Abierto, siguiendo con su habitual y sañísima costumbre de tirar las